

Fragmentos de vida

*La vida es como un caleidoscopio,
formado por fragmentos,
a veces oscuros y otros brillantes.*

En búsqueda de respuestas

Mi punto de partida es hoy 22 de julio del 2021 a más de un año de “encierro voluntario”, me encuentro frente a la hoja en blanco que me reta a escribir de nuevo y me cuestiono: ¿Desde cuándo no escribo? Y el ¿Por qué? Cuando una pandemia no se vive a diario y por lo tanto habría tanto que contar. Tal vez, ese es el motivo, ha sido algo tan sorpresivo que el asombro me dura hasta hoy y son tantas las emociones experimentadas y situaciones vividas que ¿Por dónde empiezo? La respuesta lógica sería por el principio, pero en mi caso, el principio no es lo más significativo.

Lo primero es mencionar que mi incredulidad se presentó meses después del anuncio de lo que estaba ocurriendo. Me sentí como personaje de alguna historia de ciencia ficción con todo y vestimenta ante el uso de cubrebocas, gel antibacterial, desinfectantes en spray, gafas, -que ya son parte de mi-, y hasta guantes. El miedo al “otro” a través de la distancia física y social, las “leyendas” que fomentaban el pánico sobre el contagio y los portadores, refutaban mi lógica, me resultaba contradictorio en un momento en el que la solidaridad era fundamental, sin embargo, hubo ocasiones en los que el miedo también me invadió.

Con el “encierro voluntario”, empecé a sentir el agobio y a entender en cierta medida a aquellos que lo han vivido o viven y no de forma voluntaria, como quienes habitaron los guetos en los campos de concentración durante la 2ª Guerra Mundial, el apartheid en África, las personas privadas de la libertad y personas

que por su condición de salud no pueden salir de sus casas u hospital, entre otras. Aunado, a percatarme de que los espacios que habitamos algunos, no fueron diseñados y construidos para favorecer la convivencia, su tamaño es tan reducido que la obstaculizan, así como la privacidad al no permitir estar con uno mismo.

La pérdida o suspensión de las actividades laborales, que en mi caso son parte fundamental, no solo por la remuneración económica, sino por el gusto y satisfacción que me genera realizarlo y de repente ¡Zaz! Todo se quedó inmóvil en el limbo hasta la fecha. También, es justo reconocer a todos aquellos que no pararon, que siguen laborando, arriesgando su vida para que los demás sigamos viviendo como son: los campesinos, los comerciantes, el equipo del sector salud, el personal de limpia, la policía, los obreros, el personal de la construcción y todos aquellos que hacen que la “gran maquinaria” que impulsa al país y al mundo se siga moviendo.

Hoy, una vez más hago consciente que no importa el dinero, los títulos, las posesiones, la lucha por el poder, las absurdas guerras, la discriminación en todas sus formas; somos tan indefensos, tan débiles, tan frágiles como los dinosaurios que, a pesar de su gran tamaño, también como especie podemos desaparecer en cualquier momento y, a pesar de ello, seguimos sin entender, pues estos y otros problemas con la pandemia lastimosamente prevalecen.

Pero, y yo ¿Dónde estoy? ¿En qué momento me encuentro? Aún sigo preguntándomelo y sobre todo ¿Hacia dónde voy? Sigo en la búsqueda de las respuestas.

Mi nombre soy yo

Me llamo Verónica y de todos mis hermanos vivos, soy la única que tiene un solo nombre. No necesito otro con este me basta y sobra porque me gusta mucho. Quien decidió que me llamara así, fue mi mamá y al preguntarle el por qué lo

eligió, me dijo que porque le gustó como sonaba, además de parecerle elegante. Soy la primera en la familia materna y paterna en tenerlo; después de mí en mi familia paterna hay otra prima que se llama igual y si soy sincera no me gustó mucho, pero ni modo.

Cuando niña investigué qué significaba: la que lleva consigo la victoria y esa definición me agradó. De niña, de cariño no me llamaban por mi nombre, sino por el de Chata o Chatita. En la adolescencia dejó de gustarme que me llamaran así, y lo que hice fue rescatar mi nombre y empezaron a llamarme Vero, Veroca, Verito o Verónica, -todas las formas me gustan, pero prefiero Verónica, así completo-, aunque algunas de las personas que me conocen desde pequeña me siguen diciendo Chata, por más que insistí en decirles que mi nombre es Verónica. Solo una amiga, a quien quiero mucho y que es especialista en lengua francesa me llama Veronique y también me gusta.

En la juventud ensayaba el trazo de la V para que al escribir mi nombre o con el simple trazo de la inicial, las personas supieran que era yo. Sí, mi nombre es parte de mi identidad, me gusta escuchar cómo suena: fuerte, decidido y como diría mi mamá elegante. Conozco a pocas mujeres con este nombre y eso también me agrada, ya que no lo eligieron porque estaba de moda o porque fuera el personaje de alguna telenovela o cantante de esa época.

Considero que su significado refleja los esfuerzos que he realizado en la vida y de los que he salido victoriosa, cada vez que lo escucho o lo veo registrado en un reconocimiento me llena de orgullo, así como me parece tan dulce su sonido cuando lo nombran las personas que me aman. Aunque también tengo presente, cuando mi papá me regañaba y lo cambiaba por Veronicota, el simple hecho de escucharlo me rompía el corazón, el dolor era más fuerte que la reprimenda.

Mi nombre es como un vestido hermoso, que no importa el paso del tiempo o circunstancias, siempre me queda perfecto. Aunado a que, pensando en cosas

prácticas, su escritura no representa ninguna dificultad, por lo que nunca he tenido que realizar petición o trámite engorroso para que lo corrijan.

Decidí no tener hijos, pero ahora considero que, en caso de haber tenido una hija, no le habría puesto mi nombre, ya que es tan mío que no me gusta compartirlo con nadie más. En algún momento, uno de mis hermanos le comentó a su hija que podría ponerle mi nombre a su primogénita, no dije nada y esperé la decisión, afortunadamente la mamá optó por otro nombre.

Mi nombre es Verónica y me acompaña desde mi nacimiento hasta que me despida de este mundo y es una de las cosas que le agradezco a mi madre, tuvo buen tino.

Cambia, todo cambia

¡Cierto! Uno cree conocerse mejor que nadie, pero al momento de reflexionar sobre la imagen externa e interna que tenemos de nosotras, el asunto se dificulta. Tal vez porque solo nos gustaría que el lado luminoso fuera tan extenso que no diera cabida a esa otra parte que no nos gusta, que en ocasiones negamos, pero ahí está y también es parte de ese todo que es nuestra imagen.

El tema de la imagen que tenemos de nosotras mismas, me remitió a una clase que tomé hace años sobre Dinámicas grupales, una de estas fue “La ventana de Johari”, en donde se abordan 4 aspectos, que según recuerdo son: a) lo que yo y los demás conocemos; b) lo que yo conozco y los demás no; c) lo que los otros ven y yo no y c) lo que ni yo ni los otros conocemos. Al final, del ejercicio uno puede identificar aspectos que ni siquiera imaginaba y que resultan reconfortantes como también rasgos que generan incluso hasta molestia y mejor los seguimos negando.

En esta tarea de conocerme tanto por fuera como por dentro, he invertido un buen número de años, -soy amante de la terapia-. Mi primer acercamiento con la terapia, como creo que casi todos, fue en un momento de gran crisis, de una profunda depresión que ni reconocía como tal. Después de salir adelante, continué con distintos tipos de terapia por periodos, según la vida. La retomé de forma permanente unos meses antes que iniciara la pandemia, incursionando en el psicoanálisis.

Al principio y durante un tiempo solo consideraba la terapia como el espacio donde adquirir herramientas para resolver situaciones de la vida complejas o dolorosas, hasta que “me cayó el veinte” y me di cuenta que es un ejercicio de autoconocimiento para responder de mejor forma ante lo que nos presenta la vida. ¡Claro! Hay momentos como el que vivimos, que a pesar de la terapia mi respuesta no siempre es la mejor.

Pero ¿Quién soy? Esta es una pregunta que posiblemente no me alcanzará la vida para responder, porque uno afortunada o desafortunadamente, según sea el caso, cambia con las experiencias, con el tiempo. Sí, se conservan los rasgos esenciales, esos que son como marcas y que nos distinguen de los otros, pero hay otros que se difuminan hasta desaparecer.

Así que la pregunta que me haré es ¿Quién soy en este aquí y ahora? Una mujer de 57 años, -que cuando joven nunca imaginé tener en algún momento esta edad, cuyos rasgos físicos son: alta, de complexión llenita que se acentuó con la pandemia, cabello oscuro (gracias al tinte) ni lacio, ni chino, ojos semirasgados oscuros, cara redonda, manos y pies delgados, tez morena clara. La gente dice que soy guapa y a veces coincido, pero otras, al verme al espejo pienso que se equivocan.

No me gusta tener sobrepeso y esa ha sido una lucha constante en mi vida, ya que me encanta la comida y si son harinas y azúcar mejor. Por ello, descubrí de

joven que el ejercicio además de gustarme me ayuda a poder comer sin remordimiento y bajar de peso. He practicado natación, atletismo, fisiculturismo, zumba y desde hace poco más de un año descubrí el box del que me he enamorado y que he podido retomar hace un par de meses.

Me gusta cuando la ropa deja de quedarme justa y los rollitos del torso y la lonja de la panza se van afinando, porque además no me agrada la ropa formal, ni aquella que dicen que es para las personas de mi edad, aunque tampoco caigo en extremos como usar mallones, shorts o prendas que solo a las jóvenes se les ve bien. Me gusta usar ropa y calzado cómodo, vestimenta con la que al verme al espejo me guste mi imagen.

En relación con mi interior, puedo decir que descubrí que soy una mujer valiente, la vida a veces me ha dado mis buenas sacudidas y si bien me ha tirado, me he puesto en pie y dispuesta a seguir. Algo que me ayuda es mi sentido del humor, a veces negro, me digo, sino me río de esto, me vuelvo loca. También soy solidaria, si puedo ayudar en algo lo hago. Soy alegre, me gusta mucho la música, cantar y bailar, aunque sea desafinada y no con muy buena coordinación. Soy generosa, comparto lo material y lo que he aprendido en la vida y en mi preparación profesional con quien me lo pida o lo necesite. Asimismo, soy optimista, busco el lado bueno de las cosas, aunque a veces no lo encuentre. Soy responsable, trabajadora y gracias a las circunstancias no muy favorables de parte de mi niñez, desarrollé una gran imaginación e iniciativa, cualidades que me han ayudado mucho en el ámbito escolar y laboral.

Hago lo posible por actuar de la mejor manera con los demás, aunque no soy una “santa”, así que hay cosas que me enojan como las mentiras, la falsedad, el engaño, la hipocresía. Tengo sentido común y casi siempre considero que los demás también, así que cuando no es así, me cuesta trabajo entenderlo.

Amo a todos los seres vivos y los respeto, aunque algunos como los anfibios y reptiles me generan una sensación poco grata por la textura de su piel. Mis preferidos son los perros (tengo dos Nina Hagen y Sonny Corleone) ambos adoptados y de raza única. Tengo que reconocer que la pandemia también me ha dado oportunidades como descubrir que me gusta cuidar de las plantas y que puedo ser responsable de unas, como mi lindo perejil y romero que me hacen sentir orgullosa.

Y ahora con la experiencia y el trabajo en terapia puedo también reconocer y hablar de ese lado oscuro, que no me gusta, que me genera malestar o sufrimiento y que trabajo por mejorar, como mi rigidez, mi perfeccionismo, mi inseguridad, el desbordamiento de mis emociones, el no permitirme ser débil, el no saber decir que no y hacer las cosas, aunque el costo sea alto, el tomar plena conciencia de que una puede cambiar si quiere, es una y no los demás, no hay que “pedir peras al olmo”.

Aún tengo mucho por hacer para seguir cambiando y dentro de un tiempo poder reconocer a otra Verónica física y emocionalmente. Esas frases que expresan cuando me ve alguien después de un tiempo como: “sigues igual o no cambies”, en lugar de alentarme, me hacen reflexionar y preguntarme ¿Qué pasó? ¿Cómo que igual o que no cambié?

Porque nada es estático, ya lo dice una sabia frase: “No es posible bañarse dos veces en el mismo río”. Por eso, señalar cuál es mi imagen depende de a quién describiré, a la Verónica de ayer o a la de hoy, porque como dice la canción “así como todo cambia, que yo cambie no es extraño”.

Las palabras y la vida

Hace más de 20 años, hubo un suceso muy doloroso para toda mi familia; al hijo menor de uno de mis hermanos, le detectaron leucemia, solo tenía tres años.

Unas semanas antes, habíamos celebrado en mi casa el “Día del padre”; todos, hijos, nietos y mis padres, fue un día de esos que todos disfrutamos y recordamos.

Al enterarnos del diagnóstico de Juan Pablo, fue un terremoto que nos golpeó hasta noquearnos, el dolor fue muy profundo y aún prevalece en nuestros corazones. Hay dos frases que se quedaron en mi memoria, la primera de mi madre quien dijo: “Hasta hace unas semanas éramos felices” y era cierto a partir de ese momento la vida de grandes y chicos cambió, fue la primera pérdida en nuestra familia, fue la primera vez que nos enfrentamos a dolor de la separación.

Y la otra frase de mi padre, quien, al ver nuestro dolor e impotencia como hijos, a mi hermana y a mí nos dijo: “Ustedes tranquilas, estamos los grandes y nos vamos a hacer cargo”. El escuchar esta frase, me dio consuelo, me sentí acogida, como cuando era niña y mi padre me consolaba cuando me caía y me hacía algún raspón. Ahora de adulta, cuando algún doloroso suceso ocurre, me gustaría tanto escuchar a mi padre repitiéndome esas palabras y ya que no está, las evoco para saber que no estoy sola.

Tomando este ejemplo, a mi manera y con mis palabras he acogido a mis sobrinos en los momentos difíciles que les ha tocado vivir. Hace unos días con Diego, hermano de Juan Pablo, porque sus padres enfermaron de COVID después de aplicarse la primera dosis de la vacuna, -que les ayudó, así como su sistema inmunológico para recuperarse-. Es hijo único, un joven de 26 años, quien se encontraba angustiado, desesperado, sin poder dormir y como me dijo, tenía miedo.

Y mi madre con esas palabras, en muchas ocasiones me ha hecho reflexionar, la vida nos cambia en un segundo y en ocasiones a pesar de saberlo desperdiciamos cada segundo en tonterías. Y esto me lleva a otra frase de mi querida amiga Made: “¡Vive, vive, vive! Porque siempre será mejor vivir a no haberlo hecho”. Y la tomo en cuenta, me he arriesgado a vivir, a lograr lo que me

propongo, aunque a veces no lo logre, porque prefiero decir lo intenté a no lo hice por miedo al fracaso.

Otra frase, que también comparto con otras personas cuando están elaborando sus tesis es: “Escribe, no tengas miedo de lo que diga tu tutor, ya que la única que conoce el tema a profundidad, eres tú”. Esta frase me la dijo la primera vez, la Dra. Reich, mi tutora de la maestría y después el Dr. Castro, mi tutor del doctorado. Y en efecto, por muy eruditos que sean, cada investigación es distinta, aunque se trate del mismo tema, porque cada uno somos diferentes y como dice un dicho “solo la cuchara conoce el fondo de la cazuela”.

Soy de esa generación, en donde en la primaria los dicho y refranes eran ocupados por mis profesores para educarnos, corregirnos o motivarnos. Esto me permite, que en distintos sucesos de la vida los recuerde y les dé la razón.

No todas las decisiones que he tomado han sido acertadas, en ocasiones he tenido que pagar un alto costo, como cuando siendo Jefa de Departamento de Control Escolar de Educación Primaria en el Distrito Federal, una amiga me invitó a trabajar con ella, -el ego me ganó- y renuncié con carácter de irrevocable de un día para otro. “La nueva oportunidad”, no fue como se me dijo, así que como “el perro, con la cola entre las patas”, regresé a pedir ayuda a mi antiguo jefe. Se complicó el asunto y estuve unos meses sin cobrar. Obviamente no me restituyeron en el cargo anterior, mi ego estaba hecho pedazos, me sentía avergonzada y alguien, no recuerdo quien, me dijo: Maestra “La vida es como la rueda de la fortuna, a veces nos toca arriba y otras abajo”. Y sí, en esos momentos me tocaba estar abajo, aprendiendo el valor de la prudencia.

Ahora, lo puedo contar con calma y darme cuenta de lo que estaba aprendiendo, en esos momentos, no, solo prevalecía mi decepción, mi enojo conmigo y con la persona en quien confié. El tiempo me parecía eterno, que todo estaba paralizado y que mi situación sería hasta la eternidad.

Años después, en consulta con el Dr. Felipe y en terapia con Amelia y después con una monja budista, escuché: El dolor no es eterno, pasa porque de lo contrario no sobreviviríamos y es cierto tal y como dice la canción de Héctor Lavoe “Todo tiene su final, nada dura para siempre, tenemos que recordar que no existe eternidad”. En efecto, la tristeza, el dolor, la alegría, la felicidad, el enojo, por más que queramos que termine o que dure según sea el caso, pasa, termina y vuelve a empezar, pero ahora con nuevos motivos.

Porque como dice Made: “Las cosas son como son, duran hasta que se acaban y hay cosas que ni que”, frase que aprendió de unos amigos árabes. Y esto me lleva nuevamente al disfrute de la vida para que cuando lleguen momentos difíciles tenga la fuerza suficiente para enfrentarlos y discernir entre lo que puedo y no puedo hacer por más que quiera.

Joaquín, fue mi compañero a quien amé profundamente y que murió hace algunos años; cuando la relación estaba tomando rumbo, decidí hablar con él seriamente y manifestarle que no me interesaba ser madre. Pensé, que en ese momento todo terminaría, pero no fue así, me sorprendió al decirme: “Yo no necesito un hijo, te tengo a ti y con eso es suficiente, además no podría ser tan irresponsable como para traer un hijo al mundo”. Al escucharlo, no podía creerlo, me sentí feliz y muy amada, yo era lo más importante para él.

También ha habido frases que han herido mi alma profundamente, como todas aquellas de carácter discriminatorio que mi abuela materna decía sobre aquellos de origen indígena como mi padre y su familia o algunos de sus parientes e incluso de mi abuelo materno, diciendo: “son unos indios”, “solo los indios comen chile”, “estaba ciega cuando me casé contigo, un hombre tan feo, tan negro”. Cuando niña, si bien no sabía la magnitud de estas palabras, sabía que eran dolorosas y no solo porque se las dijera a ellos, sino porque yo era parte de ellos.

También, recuerdo que cuando niña debido a las secuelas de una bronquitis, al correr me daban unos terribles accesos de tos con flemas y en uno de esos días en la clase de educación física, - iba en 2° grado-, la profesora nos puso a correr, me dio un acceso de tos y sin ver que me pasaba simplemente me dijo: “Tú siéntate” y me sentí terriblemente mal al ver a todos mis compañeros compitiendo y jugando y yo sentada, sin poder moverme.

Cuantas veces decimos palabras, sin darnos cuenta del dolor que podemos provocar y más a los niños, por eso he pedido perdón a todos aquellos a los que lastimé, sin percatarme porque como dice Made: “Queriendo o sin querer, duele lo mismo”. Y es cierto, en ocasiones bajo el escudo de la “sinceridad”, muchos adultos lastiman a chicos y grandes, por eso cuando escucho: “Es que soy muy sincera y por eso hablo así”, ya sé que lo que viene no son palabras gratas. Considero que podemos decir lo que pensamos y ser sinceros, sin utilizar palabras que insulten, que lastimen, que avergüencen, que causen daño.

Tampoco entiendo, cuando las personas dicen es que “te lo dije esto porque estaba enojada” y se disculpan, porque significa que cada vez que estén enojadas lo repetirán, para mí, lo mejor es guardar silencio cuando me enojo y darme tiempo para ver las cosas con mayor claridad, porque en efecto, el enojo solo puede ser la punta del iceberg de otras molestias guardadas, que en el momento afloran y lastiman al otro.

En estos meses en la práctica de box, el profesor nos motiva con palabras como: “Usted puede” “cada día tienes que dar un poco más que el anterior”; “si te caes, ahí estaré para susurrarte al oído, levántate, tú puedes”; “son unas guerreras que dejan el confort de la cama para superarse”; “compiten contra ustedes”; “ustedes pueden ser su peor obstáculo”, entre otras. Y sí, el escucharlas hace que me esfuerce más, que en las mañanas cuando asoma la duda de ir, me las repita y diga: yo puedo.

No terminaría por escribir todas las frases que me han dejado una marca y las circunstancias en las que se han presentado, pero sin duda las que he mencionado son de las más significativas. En este andar, seguiré agradeciendo aquellas que los demás me sigan compartiendo y yo haré lo mismo con quien las necesite.

Mi imagen y mi yo

¿Cómo me veo? Pregunta y respuesta de los \$64,000 pesos. Generalmente en mi memoria está la imagen de la mujer de algunos ayeres, así que cuando me veo en la mañana a veces no me reconozco, pero conforme pasa el día y me doy un buen baño y me peino, ambas imágenes se reconcilian.

El pararme frente al espejo y observarme resulta un ejercicio difícil, ya que identifico los cambios que con el tiempo ha tenido mi cuerpo y rostro y confieso que no siempre me resulta grato encontrar una arruga más marcada o los estragos de la celulitis en las piernas, -aunque digan que todas tenemos-.

Sin duda alguna, esos prototipos de mujeres que difunde la moda del momento y esa “eterna juventud” que le ofertan a una, resulta frustrante al no cumplir los parámetros, ya que por más que lo intente no seré “espiritifláutica”, ni eternamente joven, aunque me unte todo lo que venden.

Afortunadamente, llega la cordura y con ella la tranquilidad al darme cuenta que mi cuerpo y rostro son las de una mujer de mi edad y que las marcas son resultado de haber vivido, de comer lo que me gusta, de bailar, correr, jugar, de reír, carcajearme, llorar, gritar, hablar, asombrarme, interrogar y responder, sí, mi cuerpo y rostro hablan de lo vivido día a día.

Resulta incongruente que se pretenda que mantengamos “el envase” como nuevo, cuando hemos vivido tanto, estoy de acuerdo en que debemos cuidar nuestro

cuerpo tanto por salud como para sentirnos cómodas con él. Así como, cuando me observo frente al espejo y me dice que está en buenas condiciones para seguir haciendo lo que me gusta, para descubrir nuevos peinados, para alertarme de cuidados que no he tenido, para decirme que debo dar gracias porque todo funciona, porque me permite ser autónoma y aún tengo la capacidad de pensar. Porque no es solo la imagen que veo, sino todo lo que hay dentro y lo que no se puede ver ni tocar que me hacen ser yo, única e irrepetible.

En una charla con el Dr. Felipe, me dijo: Maestra, nuestro cuerpo es una réplica del universo, donde hay estrellas, meteoros, asteroides, soles, porque somos perfectos. En esos momentos, me costó trabajo entender sus palabras, ya que estaba en un largo proceso de recuperación de la ruptura del tendón de Aquiles de la pierna derecha, que se complicó y me limitaba el caminar, aunado a una gran cicatriz queloide que durante muchos años me hizo sentir acomplexada, a tal grado que eternamente traía vendado el tobillo, no permitía que nadie me lo viera.

Sin embargo, mi maravilloso cuerpo a pesar de haber sido sometido a la agresión de varias cirugías, respondió y recuperé la funcionalidad del movimiento, la cicatriz con el tiempo ha ido disminuyendo y finalmente me pude quitar la venda y mostrar de forma intencional mi cicatriz a algunas personas y a otras sin proponérmelo. Drolma, me dijo que las cicatrices son la prueba de que uno ha enfrentado batallas y ha vencido, y es cierto, puede vencer y esta es la prueba.

El observar mi cuerpo frente al espejo es un ejercicio profundo, va más allá de lo que se refleja, me habla de mi trayecto en la vida y de que sigo siendo de las afortunadas que el día de hoy despertaron y se pueden levantar para iniciar un nuevo día.

La vida y mi equipaje

Diversos objetos han sido evidencia de mi paso por la vida, algunos me han acompañado en este trayecto y hasta hoy los consideraré como “simples recuerdos”, no les había dado el peso que tienen como esas señales de momentos importantes en el mapa de mi vida.

La lectura ha sido una de mis pasiones, quien despertó este placer fue mi padre, teniendo unos meses de nacida me compró un libro de cuentos cuyo título es “Había una vez”. Durante mi niñez mi padre me leía esos cuentos y yo al ver que era un libro tan grueso, creía que nunca lo podría leer todo. Este tesoro me acompañó hasta hace 15 años. Cada vez que lo veía, venían a mí, esos gratos recuerdos con mi padre. En un acto de profundo amor y deseando despertar ese gran placer por la lectura, se lo regalé a los pocos días de nacida a la única hija de mi hermana, Alexa. Todo indica que logré mi objetivo, la lectura es uno de sus pasatiempos favoritos y más en esta pandemia.

Los libros me han acompañado desde entonces, aún conservo otro que me compró mi papá en una tienda CONASUPO y que se llama “Flor de leyendas”, recuerdo que lo leí, releí y releí hasta que me cansé.

Cuando me independicé, entre los objetos con los que partí de casa fueron mis libros, no tenía cobijas, ni trastes, ni una plancha, pero eso sí, libros y más libros que con el tiempo fueron aumentando en cantidad, generando un caos, así que llegó el momento, -hace unos cuatro o cinco años-, que tomé la decisión de regalar aquellos que he considerado menos indispensables. Una decisión muy difícil, pues al principio después de seleccionarlos permanecían en mi casa unas semanas, hasta que me armaba de valor y ponía una mesa con los libros en la entrada del elevador del edificio que habito con el cartel de que eran gratis. Desde entonces realizo este ejercicio de forma anual y me llena de satisfacción el que en una tarde la mesa quede vacía.

La música también es uno de los placeres que comparto con mis hermanos: Titi, Aarón y Arturo y amigos, desde pequeños la disfrutamos en casa, así que los discos de acetato y ahora cds son otros de los objetos que están en mi mapa. Música que dependiendo de la época he descubierto hasta la actualidad, como la de protesta, testimonio de mi postura política, rock en inglés que conocí en Radio Universal en mis noches de desvelo cuando era estudiante de la Normal, Pop y rock en español de esa época cuando era asidua a las discotecas, la nueva trova con esas letras que son un poema, algo de clásica, brasileña, francesa, italiana, salsa entre otras.

Durante mi adolescencia tuve la manía de ser coleccionista, con el tiempo me di cuenta que es algo que no tiene fin, así que solo conservo una colección de miniaturas que fui adquiriendo en diversos lugares, así como de lápices, los cuales he estado a punto de empezar a usar, pero sigo sin atreverme. Esta cuestión del coleccionismo, viene de familia, mi padre coleccionaba monedas y billetes en botes de metal. Así que, no me quedé atrás y tengo una pequeña colección de monedas y billetes de distintos países.

No sé en qué momento desarrollé el gusto por las tazas, primero me llamó la atención su diseño, después el “recuerdo” de algún lugar, pero hay algunas que son más especiales como la que era de Joaquín, la que me regaló Minerva y las que tienen decorados de perros, estas hablan de grandes amores en mi vida.

De mi niñez también conservo un piano pequeño, sin patas y con evidentes estragos del tiempo. Este es un instrumento que me hubiera gustado mucho aprender a tocar, en su momento se lo pedía a mis padres, pero no lo consideraron como algo práctico para la vida.

También me acompañan y acompañarán unas muñecas, uno peluches y alcancías de unos de mis personajes favoritos, Snoopy, son de los mejores regalos que me dieron “Los Reyes Magos” y mis hermanos Arturo y Aarón.

Otro de mis preciados objetos, es un dije elaborado con un cuarzo rosa, regalo de mi madre en uno de mis cumpleaños y que en el engarce tiene mí nombre. En ese entonces, uno podía lucir sus “joyas” sin el peligro de ser asaltada, así que siempre lo traía puesto, luciéndolo, sintiéndome muy orgullosa. Desafortunadamente para evitar que me lo robaran, tuve que dejar de usarlo de forma cotidiana y ahora solo lo porto en casa.

Minerva y yo fuimos amigas desde niñas, éramos vecinas e íbamos a la misma escuela y en el mismo salón. Siempre nos consideramos muy distintas, pero también decíamos que debíamos tener en común, algo muy fuerte que nos unió hasta hace 7 años, en que ella murió de cáncer.

Cuando salimos de la secundaria, cambié de casa, pero eso no fue un obstáculo para nosotras, pues nos escribíamos largas cartas, contándonos todo lo que ocurría en nuestras vidas. Años después, Minerva estudió el doctorado en Inglaterra y retomamos esta práctica, ella me envió unas hermosas tarjetas y postales que junto con las cartas de nuestra adolescencia guardo como algo muy preciado. Confieso, que no he tenido el valor de volver a leerlas. Su partida ha sido una de las más dolorosas que he sufrido, Minerva era mi hermana y la extraño mucho.

A mi regreso de una de mis cirugías del tendón de Aquiles, la Maestra Marichuy a quien desde el día en que la conocí, hicimos “click” y quien me consentía y cuidaba como una hija, me regaló unos aretes con mi nombre, me dijo que me los merecía por ser valiente y portarme bien en mi recuperación. La vida laboral y personal nos llevó por distintos lugares y en mi creencia de que nos volveríamos a ver se me fue el tiempo; lamento profundamente que no haya sido así.

Made es una mujer muy generosa a quien también quiero mucho, es una de las madres que la vida me ha dado para consentirme y quererme, entre las formas de demostrarme su amor es regalarme distintos accesorios como collares, pulseras y prendedores; cada uno tan especial como el momento en que me los ha dado.

Tuve la oportunidad de gozar de una estancia doctoral en Barcelona, lugar en el que crecí no solo como estudiante, sino que descubrí que tenía la capacidad de vivir en un lugar distinto al de origen, del que me quedé enamorada, que me dio la oportunidad de conocer otros países europeos, otras personas, otras formas de ver la vida y al que añoro volver. Durante mi estancia, compré algunos “recuerdos” y cada vez que los veo me hacen revivir los momentos de ese tiempo que tanto disfruté a pesar de la gran carga académica de elaborar una tesis.

He tenido la fortuna de vivir 57 años, así que a lo largo de esta existencia muchos han sido los objetos que he reunido como prueba de mi paso por este mundo, algunos se han quedado en el camino, pero otros me acompañarán hasta el fin de mis días.

Haciendo camino

El 1° de septiembre se cumplieron 44 años de mi ingreso a la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (BENM) y 40 de haber egresado, mismos que cumpliría si estuviera en servicio. Tenía 13 años cuando al concluir la secundaria, mi madre, – quien ya lo tenía planeado-, me llevó a entregar la documentación para presentar el examen de admisión.

Yo no entendía de qué se trataba, mi interés era ir a la “prepa”, -aunque tampoco tenía claro de que se trataba-, pero sabía que tenía que cursarla para estudiar psiquiatría en la universidad. Hasta hoy, no recuerdo dónde escuché hablar de esta profesión y el interés que me despertó. Obviamente mi madre, no me tomó en cuenta, su férrea intención fue que estudiara para profesora. Para asegurarlo,

también presenté examen en el Estado de México, además de “apartarme” lugar en una Normal particular.

En la BENM pasé el primer filtro, que fue el promedio de educación secundaria y seguía la aprobación del examen. Éramos cientos los aspirantes, que no creía que fuera admitida, lo que menos me interesaba era ser profesora, pero mis cálculos fallaron.

Una de esas tardes que mi padre llegó de trabajo, estaba feliz, pues en el periódico donde se publicaron los resultados de admisión, estaba mi número de ficha. Para mí fue una completa desilusión. Al siguiente día acudí al plantel con mi madre a seguir con los trámites y compra de uniformes.

Recuerdo que la primera vez que entré a esta escuela, quedé asombrada ante su extensión, pensé que era tan grande que me podría perder, asimismo, cuando me inscribieron, la docente a cargo al ver mi edad, dijo que me jubilaría muy joven y tuvo razón.

En 1° grado, la profesora de psicología nos pidió elaborar una ficha con datos generales, gustos y lo que queríamos ser a futuro y recuerdo que contesté: ser estudiante universitaria. Supongo que mi respuesta no era la esperada como llegar a ser una “gran maestra”.

Esos cuatro años, me fueron difíciles, no en la cuestión académica, sino en el desempeño en las prácticas al estar frente a un grupo, no me gustaba. Mi madre me decía que cuando me titulara podría estudiar lo que quisiera. Hice una profunda amistad con un compañero que compartía mi sentir, él quería ser veterinario y al igual que yo, su madre lo obligó a ser profesor. Su rechazo era mayor, pues cada que practicábamos se quedaba afónico antes de iniciar. Al egresar, se complicaron más las cosas, si bien pudo ingresar a veterinaria en la

Universidad Autónoma Metropolitana, llegó el momento en que no pudo manejar lo personal con lo profesional y se suicidó a los 20 años.

Al egresar, traté de ingresar a psicología en la Universidad Nacional Autónoma de México, pero como venía del área de sociales, no fue posible, así que opté por pedagogía. Afortunadamente, una compañera me habló de la Escuela Normal de Especialización (ENE), en donde existía la especialidad de “Educación especial para inadaptados e infractores”, que me pareció lo más cercano a la psiquiatría.

El amor por la docencia, se despertó en mí en el aula frente al grupo, donde ponía en práctica lo que aprendía en la ENE, en algunos casos resultaba y en otros tantos fracasaba, aunque en esos momentos no tenía consciencia de ello. Años después, cuando cursé la maestría, me di cuenta de los muchos errores que cometí con mis alumnos y por los que le he pedido perdón y sobretodo establecí el compromiso conmigo, de hacer del salón de clases un lugar donde mis alumnos descubrieran el mundo y sobretodo lo disfrutaran.

La docencia, me dio la oportunidad de descubrir que mi corazón como mi postura política están a la izquierda, esto trajo consecuencias, como los enfrentamientos con la autoridad y que siempre trabajara en zonas marginadas, era el castigo que se acostumbraba con los “rebeldes”. Al llegar a Cuautepec, trabajé en una escuela maravillosa, con todas las carencias materiales, pero con un gran equipo de trabajo en comunidad con los padres de familia.

Ese fue un gran momento, dirigí toda una zona escolar en el movimiento magisterial del 89, el jefe de sector me mandó llamar para decirme que era muy joven para andar en esas revueltas, que recordara que corría peligro, que había profesoras que desaparecían. Sin embargo, eso no me amedrentó, el respaldo de los compañeros me hacía sentir segura.

Este movimiento salió victorioso, se logró la democratización de la Sección IX, antes de lograr el triunfo, se me ofreció desempeñarme en un proyecto para “Niños de la calle”; así que dejé el magisterio. Este proyecto me permitió poner en práctica mucho de lo aprendido y crear un modelo de atención de puertas abiertas para esta población, además de poder incorporar a compañeros docentes como parte del personal. Sin embargo, cuando un proyecto se institucionaliza, se va al “traste” y este no fue la excepción.

Si bien en lo profesional, fue muy gratificante, en lo emocional, físico y personal me dejó sumida en una gran depresión, sin que me percatara de ello, hasta mi reencuentro con Amelia, subalterna que trabajó en este lugar y que en esos momentos estudiaba psicología, al verme tiempo después y ya titulada me ofreció ayuda, este fue mi primer encuentro con la terapia.

Resultado de la terapia fue empezar a “encontrar el camino”, mi salud física y mental empezó a mejorar y también tomé una decisión fundamental, me independicé, cuestión nada sencilla, pero con la ayuda de mi querida amiga Isabel y Enrique pude salir adelante. Isabel con quien compartí un importante tramo de vida y que por cuestiones de salud de Axaycatl, su primer hijo, se tuvo que ir a vivir a Chicago. Ha sido otra de las separaciones más dolorosas, y si bien seguimos en contacto la vida nos ha llevado por distintos lugares, pero lo compartido es lo que nos sigue uniendo.

Regresé al magisterio, mi sentir era de fracaso, sin embargo me reencontré con amigos de la lucha y con ellos creamos un grupo de investigación educativa, he de decir que fue fantástico poner en práctica en el aula nuestras ideas y es donde creo que dejé una mayor huella en mis alumnos, el despertar su inquietud por crear, descubrir, el divertimos, reírnos, jugar, el ser solidarios, el hablar de la injusticia y enseñarles canciones de “protesta”, partir no de lo que dice la curricula, sino de su interés y vincularlo a ésta, el gusto e importancia de leer y crear sus textos, fue una de las experiencias más gratificantes que he tenido.

El placer por la lectura, así como el escribir han sido mis presentaciones en la vida, así como la intención de contagiarlas con quienes me relaciono, en algunas ocasiones he tenido éxito como en el caso de personas privadas de la libertad con quienes he realizado algunas investigaciones. Un día al llegar al penal, la señora Dulce se me acercó y en tono compungido lo primero que me dijo fue “la niña se murió”, quedé atónita, no sabía de qué niña me hablaba, pensé que alguna de las pequeñas que vivían en el penal. Le pregunté de quién me hablaba y entonces me dijo: “faltaba poco para que los rescataran”, entonces recordé que le había llevado el libro “El Diario de Ana Frank”.

Uno de estos hombres privados de la libertad, sufría por no tener la oportunidad de enseñar a su hijo de sus errores, un menor de 5 años para que no fuera como él. Le regalé un cuaderno y un bolígrafo para que le escribiera todo lo que le quisiera decir y podérselo enviar en cuanto tuviera la oportunidad. No esperé que su agradecimiento fuera acompañado con lágrimas y bendiciones.

Tengo un grupo de amigas, todas ellas mujeres mayores y antes de la pandemia nos reuníamos regularmente, en estos encuentros compartíamos los que sabemos, así que se ha hablado desde temas como el duelo hasta compartir recetas de cocina. Una de mis ideas fue que escribiéramos y participáramos en uno de los concursos de DEMAC. Para incitarlas a escribir, pues todas decían que no sabían, puse en práctica la estrategia que aprendí en un taller con Amaranta, “La historia de su nombre”. Este fue el detonador para que primero relataran grandes historias de su vida, después pasamos a la parte difícil, escribir en computadora, pero lo logramos y entregamos los escritos. No ganamos, pero recibieron su diploma como un gran reconocimiento.

Una de ellas, Elsa se asumió como escritora y la motivamos a que volviera a concursar, escribió una historia de nombre Almudena, desafortunadamente al entregar le dijeron que no reunía el número de cuartillas establecido. Así que

quedamos en que lo ampliaría para volver a participar, lamentablemente tenía un problema de salud que se agravó y murió. Aída, es otra gran escritora, pero no se lo cree, con ella he insistido una y otra vez que nos comparta sus maravillosas historias, aún no lo logro, pero no pierdo la esperanza.

He de mencionar, que uno de los grandes orgullos de este grupo denominado “Instituto Glamour” es haber escrito cada una, la historia que decidieron, haber concursado y tener un diploma. Así como, el interés de volver a hacerlo, esperemos empezar en cuanto la pandemia nos deje.

He tenido la oportunidad de trabajar en distintos espacios, además del aula. En uno de ellos, mi jefe fue Alejandro Cea y del que aprendí mucho, era de una exigencia brutal, pero también muy consentidor. Así que cuando fui “jefa” puse en práctica lo aprendido con él y con la ayuda de la humanista de mi querida amiga Made, hicimos un equipo de trabajo excepcional. Eran muchas las responsabilidades y presiones a las que estábamos sujetos, pero gracias al trato sobretodo humano con quienes estaban a mi cargo logré que fuéramos un verdadero equipo no solo en el trabajo, sino también en cuestiones personales.

En una de nuestras crisis laborales, el ánimo se nos vino abajo, así que, para levantarnos, todos tuvimos una sesión terapéutica. Durante este tiempo, tuve cuestiones personales muy dolorosas y en todas ellas, siempre conté con su apoyo, así como el de mi maravilloso jefe, José Luis.

En estos momentos he de reconocer, que en todo lo que hago, establezco el compromiso y responsabilidad para llevarlo a cabo, aunado a mi iniciativa y que me gusta crear, cambiar, aunque sea un poco lo establecido y mi sentido del humor. Estas han sido cualidades que me han distinguido y me han reconocido, aunque a veces ni yo me lo creo.

Si bien, siempre creí que lo mío no era ser docente, tengo que reconocer que terminó gustándome; el pararme frente a un grupo sin importar la edad, me emociona y empiezo a pensar en cómo hacerlo mejor de acuerdo a mis alumnos a quienes les comparto todo lo que he aprendido en mi desarrollo académico, profesional y en la vida.

Fui docente en una normal, cuyo proyecto fue extraordinario, pues dio oportunidad a aquellos que sobre todo por cuestiones económicas interrumpieron sus estudios. La tarea fue difícil, algunos tenían años de no tener contacto con lo académico, algunas eran madres y padre de familia con o sin hijos y sin excepción todos trabajaban. Reitero, los proyectos se institucionalizan y se van al “diablo”. Con la nueva administración vinieron los cambios y entre ellos que los alumnos no egresarían como normalistas.

El ese entonces Director del plantel, el Profesor Leove, otros docentes no estuvieron de acuerdo, así que con los alumnos que lo decidieron; buscamos otro espacio para trabajar. Al tiempo que realizamos protestas para que les fueran reconocidos sus estudios como normalistas. Finalmente, logramos que los incorporaran a la BENM para concluir sus estudios. La primera de las tres generaciones que se incorporaron, se recibieron el año pasado. Estos colegas, hicieron una reunión en zoom, -la pandemia no dejó otra opción- y entre los agradecimientos, fue el que con nuestro ejemplo los enseñamos a luchar por sus derechos y que nunca los dejamos solos. Este ha sido uno de los mayores reconocimientos que he tenido; algunos de ellos me mandan mensajes, señalando lo que aprendieron conmigo.

En estas últimas fechas, he trabajado con Renata, una menor de 9 años, quien no leía, ni escribía y lograr que hablara era un triunfo. Después de unos meses, lee y escribe, dice: este ejercicio es fácil, platica sobre lo que le gusta, su familia y hasta me dice: cuando vamos a terminar el cuento. Cuando realiza su trabajo canta canciones que inventa. No hemos trabajado las últimas dos semanas, ella y sus

padres se contagiaron de COVID-19 y su padre murió. La vi el día que les avisaron, pero no pude abrazarla, no pude escucharla, no pude consolarla como hubiera querido, lo único fue escribirle una carta.

A lo largo de la vida he pretendido dejar una buena huella con quienes me he relacionado, pero también, soy sincera y “Teresa de Calcuta”, solo hubo una, así que también he dejado huellas de mal humor, de exigencia, de rigidez, de poca tolerancia, de incomprensión, sin pretenderlo, pero como dice Made: con o sin intención duelen lo mismo. Cuando me doy cuenta de ello, he ofrecido disculpas, pero sé que eso no las borra.

La vida me dio la oportunidad de ser una estudiante universitaria, tuve la fortuna de cursar un doctorado y si bien fue mucho lo que aprendí de todos los libros que leí, mi mayor satisfacción fue lo que logré y aprendí en el trabajo de campo con mujeres privadas de la libertad, algunas madres con hijos menores que vivían con ellas. Tiempo después he regresado por motivo de otras investigaciones, y me resulta tan gratificante que algunas de esas mujeres me recuerden y reciban con alegría y que como viejas amigas podamos platicar sobre lo que siguen esperando de la vida.

Vuelvo la cabeza y veo el camino recorrido hasta hoy y veo todas esas huellas, algunas que marcan el camino hacia lo alto, otras en profundos hoyos, otras en terrenos tan difíciles en donde avanzaba un paso y retrocedía cinco y de los que creí que no iba a salir, pero aquí estoy, una vez más de pie y lista para recorrer lo que falte.

Mis voces internas

A lo largo de mi vida, han existido y existen personas que con sus sabios comentarios, consejos o actitudes son parte de esas “voces internas” que escucho en momentos particulares, como cuando voy a tomar una decisión, cuando

escucho algo con lo que no estoy de acuerdo, cuando disfruto de algo, cuando me siento triste, cuando reflexiono sobre algún suceso, entre otros acontecimientos.

Mi padre y mi madre son de las primeras personas que escuché esas palabras que me acompañan, así como sus actitudes. Ambos, personas muy trabajadoras, responsables, honradas, generosas y solidarias con quien lo necesita. Cuando era pequeña y llegaba a encontrarme algún objeto en la escuela, me decían: “Todo tiene dueño”, hay que entregarlo a la maestra para que pregunte. Cuando di clases en primaria, apliqué la misma estrategia con mis alumnos, los objetos los colocábamos en el escritorio por si alguien los reconocía y en caso contrario ahí se quedaban para el uso de quien los necesitara. Mis alumnos al encontrarse algo, decían: “Verdad maestra que todo tiene dueño”.

También, puede observar a mi padre que por muy cansado que estuviera, nunca dejo de ir a trabajar. Mi madre dice que se debe bendecir el trabajo y no quejarse del mismo, ya que somos afortunados al tenerlo y sobre todo si hacemos algo que nos gusta. Cuando joven, no compartía esta idea, pero ahora estoy de acuerdo, el trabajo es algo que en estos momentos de pandemia más extraño.

También nos decían y con su actitud lo demuestran es la ayuda al otro, esto hizo que sean reconocidos y en el caso de mi padre recordado por ser buena persona. Mi madre dice que todo lo que uno hace por los demás sean personas o animales regresa. Y esto, es algo que mis hermanos y yo hemos internalizado, cuando se necesita hacemos lo que está en nuestras posibilidades. En el terremoto del 85, Arturo, uno de mis hermanos trabajaba en la Gineco de Magdalena de las Salinas y recuerdo que fuimos por él después del segundo temblor y no traía ni bata ni camisa porque se los había quitado para cubrir a los bebés que estaban afuera del hospital, que había sufrido graves daños. Y como esta anécdota, hay otras más de las que me siento muy orgullosa por lo que hacemos por los demás.

Mis profesores también han sido de mis grandes maestros, entre las frases que he escuchado de ellos es: tú puedes, adelante, estás en una carrera de fondo y la

meta está cerca; cuando realizo algún trabajo y creo que ya no puedo, los escucho, respiro y sigo hasta terminar.

En las metas que me he propuesto, ha estado el eco de Made, quien me dice: “Haz lo que tengas que hacer para lograrlo, insiste e insiste, porque más vale decir lo intente a lamentarte por no hacer nada”, “nada tienes, así que nada pierdes y si puedes ganar lo que pretendes”. Y sí, esto ha hecho que me vuelva proactiva, se me cierra una puerta y toco otra y si se me vuelve a cerrar, busco otra hasta lograr mi meta.

Por esta actitud, se me reconoce en los distintos ámbitos de mi vida, como cuando busqué el ingreso al penal para realizar mi trabajo de campo del doctorado. Una de mis asesoras, no confiaba en mí, incluso me decía que era una investigación que fracasaría, –ya me daba por desertora-. Tardé casi un año en lograr la autorización para el acceso, tuve que convencer a muchas personas de la importancia de mi trabajo, tuve que hacer antesala en muchos lugares, tuve que escuchar muchas negativas, pero finalmente lo logré, porque también como dice mi mamá: “La perseverancia en la base del éxito”.

Empecé a practicar box unos meses antes de la pandemia, en ese entonces practicaba Zumba. Al pasar, observaba a los compañeros hasta que el profesor me dijo: anímese, tome una sesión y si no le gusta no pasa nada. Me detenía el creer que no podría, pero ante mi curiosidad y la insistencia del profesor acudí. Y algo que me ha mantenido es la voz del profesor, siempre reconociendo el esfuerzo que cada uno realiza, nunca marcando errores al corregir, dando aliento cuando el cuerpo ya no quiere responder y hay una frase que la tengo presente: cuando estés en el suelo y creas que ya no puedes, yo te diré al oído, levántate que aquí estoy para ayudarte. Esto lo aplico, no solo en el box, sino cuando el hastío, la ansiedad, el miedo y la tristeza me invaden por el encierro y todo lo que implica el COVID-19, porque en esos momentos literalmente me siento en “la lona” y entonces recuerdo al profesor y me digo: respira y levántate no estás sola.

En momentos de angustia, cuando las circunstancias me rebasan y “pierdo el camino” porque no me dejan ver, escucho a mi padre diciendo: tranquila, tranquila, no pasa nada y ahora piensa con claridad. Y es cierto, solo tranquila puedo ver qué alternativas tengo. Aunque también ha habido momentos en los que no he escuchado o no he querido escuchar esa voz; los costos que he pagado han sido altos. Como cuando me rompí el tendón de Aquiles y en mi desesperación, no guardé el reposo necesario, ni tomé las precauciones requeridas, lo que provocó graves complicaciones por las que estuve a punto de perder una pierna, ahora que lo vuelvo a reconocer, la piel se me enchina.

Los distintos autores que he leído también son parte de esas voces, que me han ayudado a ver el mundo de distintas maneras, a entender al otro, aunque no compartamos las mismas ideas, a saber, que el mundo va más allá de mi nariz, a que no existe una verdad, ni nada absoluto y eterno. Que todo depende desde donde se vea. Escucho a Amelia y a Drolma decir: “No existe lo malo, ni lo bueno, simplemente es la vida”.

Pero no solo tengo presente lo que he escuchado de las personas, sino también de mis perros que, sin hablar, están presentes en mi actuar, como el ver la expresión de agradecimiento en sus ojos cuando les doy de comer, cuando los veo disfrutar sus paseos, saludando a sus amigos (personas o perros) y también echando pleito a quienes les caen mal. Su cara de placer cuando corren y se revuelcan en los charcos; la alegría y el amor con el que me reciben, aunque solo haya salido por breve tiempo. El permanecer a mi lado, acostados, sin hacer ruido cuando he enfermado o recargándose en mi hombro cuando he estado tan triste que las lágrimas me brotan como ríos.

A pesar de decir que para mí las palabras tienen un peso que puede construir o destruir, hasta hoy reflexiono sobre todas aquellas que han regido en buena medida mi andar y he compartido con otros, que en algunos casos identifico

perfectamente de quien son, pero hay otras igual de valiosas que no sé dónde las escuché, pero de igual forma agradezco.

La vida y los deseos

Cuando pequeña, uno de mis deseos era ser bailarina de ballet clásico, no recuerdo dónde vi un espectáculo de este tipo, en mi casa no se escuchaba música clásica, ni asistíamos a este tipo de eventos, tal vez fue en el “Holiday on ice” al que nos llevaban cada año. Me imaginaba usando un hermoso tutu y volando con esos saltos maravillosos. Esta actividad como otras, no eran consideradas como parte de mi formación. Y en mi ignorancia, tampoco sabía que existía una escuela de Ballet, ¡Claro! Tampoco me hubieran inscrito.

A la fecha es un espectáculo que me embelesa, para mí no hay cuerpos tan perfectos, -con excepción de los pies-, que el de los bailarines de música clásica. El observar cómo se marca cada uno de sus músculos, por muy sutil que sea el movimiento me fascina. De adulta y como compensación a este sueño no logrado, me compré unos zapatos con el diseño de bailarinas, asimismo, Lupita una gran amiga, sabedora de este gusto mío, me regaló hace muchos años un calendario con fotografías de bailarinas. Elegí las tres que más me gustaron y las mandé enmarcar. Tengo la intención de comprar un cartel de “Bailarina basculando” de Degas y colocarlo en una de las paredes de mi recámara.

Durante mis primeros años de vida, posiblemente hasta los 6, -no recuerdo bien-, debido a que mi hermano Arturo nació con un problema de salud que nunca fue definido, era el motivo de que estuviera internado en el hospital de forma frecuente; me dejaban bajo el cuidado de mi abuela materna y tías, entonces mi anhelo era ir a mi casa, estar en ella, disfrutar de mi espacio y mis juguetes; este profundo deseo me lo cumplía mi padre, aunque fuera por horas.

Iba por mí, hacía lo posible porque me distrajera, me llevaba al parque, al circo, al cine, a mi casa. Uno de los recuerdos más claros que tengo de mi infancia, es cuando me compraba un pescadito frito y un refresco. Entonces, jugábamos a la comidita; le servía en mis platitos del juego de té y el refresco en una tacita. Y mi padre se comía todo sin excusa alguna.

Años después, mi abuela y mis dos tías vivieron con nosotros, lo cual no era de todo mi agrado, pues quien decidía lo que se hacía o no era mi abuela, mujer excéntrica con ideas más que peculiares, como que no se pusiera a funcionar el refrigerador porque sentía la frialdad en el pulmón; que desinfectaba a las personas y dinero con alcohol, entre otras conductas. Así que mi deseo era que algún día se fueran, pero pasaba el tiempo y parecía que esto no ocurriría, hasta que mi padre decidió que nos iríamos a otra casa que había comprado y eso para mí, fue un gran descanso al tener nuestro propio espacio, donde lo arreglamos primero al gusto de mis padres, pero conforme fuimos creciendo, mis hermanos y yo nos encargábamos de pintarla, de barnizar los muebles, de tenerla en orden y limpia. Cuando empezamos a trabajar fuimos comprando otros muebles, aparatos de sonido para disfrutar la música de nuestra predilección, adornos y hasta una alfombra.

Posiblemente, al igual que otros niños, la angustia me invadía cuando mis padres peleaban, los “gritos y sombreroazos” me llenaban de miedo, -a la fecha, los gritos me paralizan-, y en esos momentos, lo que hacía era ponerme a rezar y pedir a ese gran Dios, que todo se arreglara, aunque no supiera ni de qué se trataba. Conforme pasó el tiempo, afortunadamente estas peleas entre mis padres fueron cesando, pero el recordarlo ahora, me enchina la piel.

El hermano de mi mamá, tenía una bicicleta que nunca usaba, estaba recargada en una de las paredes de su recámara. Cuando él no estaba, yo aprovechaba y me subía en ella, aunque no alcanzara los pedales. No sé cómo pasó, pero un día esa bicicleta la pude usar, como no sabía andar en ella, la usaba como patín,

subiendo un pie en el pedal y con el otro impulsándome, hasta que me armé de valor y me subí. No fue fácil, choqué en varias ocasiones, me caí al no guardar el equilibrio, pero no desistí, así que con la práctica me volví en una experta ciclista.

Cuando iba en 6° grado de primaria, salieron unas bicicletas preciosas cuyo modelo se llamaba “Vagabundo”. Los ojos se me iban al ver a algunos niños con ellas, mi sueño era tener una igual, aunque lo veía muy lejano, pues ya tenía la de mi tío. Pero, para mi sorpresa esos maravillosos “Reyes Magos”, me leyeron el pensamiento y un 6 de enero junto al árbol, estaba la “Vagabundo” de color verde y además con velocidades y era para mí. Disfruté muchísimo ese regalo, aunque ahora no tengo claro, qué pasó con ella, cuando nos cambiamos de casa, mi “Vagabundo” no iba en la mudanza.

Entre mis múltiples deseos, uno fue ser “estudiante universitaria”. Estudié otras cosas y pensé que solo se quedaría en un sueño de adolescente, nunca imaginé que después de jubilarme tendría la gran oportunidad de ser admitida en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Al llegar a Ciudad Universitaria fue asombroso, a diferencia de mis compañeros, muchos egresados de distintos niveles de esta institución, no entendía mucho de su organización y tramitología. Tampoco entiendo cómo pueden ser tan exigentes bajo el pretexto de que se merecen todo. Ya parece que, en las Normales u otras universidades, aunque sean privadas, los profesores iban a permitir esas actitudes. La UNAM es muy generosa con sus estudiantes, los arropa brindándoles muchas oportunidades, si bien tiene sus carencias, en comparación con otras instituciones es espléndida, da la libertad de que el alumno decida qué quiere, prepararse académicamente o ser un “fósil”.

Estos años, fueron de mucha presión, pero también de gran aprendizaje y disfrute. Por ello, estoy profundamente agradecida al pueblo, que con sus impuestos contribuyeron a cumplir mi sueño: ser una estudiante universitaria.

El amor, es otro de los deseos que he tenido y se cumplió. Lo encontré sin buscarlo, literalmente tocó a mi puerta. En donde vivía, se mudó un nuevo vecino, desde mi ventanal que daba de frente al suyo, un día vi a un hombre sentado en un sillón con un periquito en su hombro y rodeado de cajas. Lo que pensé es que era alguien que posiblemente se había divorciado.

Un día al llegar a la puerta principal de los edificios, me encontré con ese hombre, quien llevaba bolsas con víveres, quien se presentó, se llamaba Joaquín Suárez Witt y sin esperar mi respuesta, me contó que debido a que los inquilinos anteriores tenían un adeudo, no tenía luz, así que llevaba algunos alimentos con unos amigos para que se los guardaran en el refrigerador. Ante esta situación, lo que se me ocurrió fue decirle, que también le podía guardar algunos. Ni tardo, ni perezoso dijo que sí, así que regresamos a mi departamento y dejé que metiera algunos alimentos en el congelador.

Pasaron los días y no iba por sus cosas, a pesar de que ya tenía luz. Hasta que un domingo, sin previo aviso se presentó en la noche. Yo estaba en pijama, al abrir la puerta lo vi con una rosa y una vez más sin permitir que dijera algo, señaló que me la llevaba en agradecimiento. Fue tal mi aturdimiento, que le di las gracias y le dije que la pondría en agua, entonces dijo: no es necesario, es artificial; no me quedé más que reírme. También llevaba un refresco para compartir y dijo que se llevaría sus cosas.

Lo dejé entrar, mientras disfrutábamos del refresco empezamos a platicar, charla que duró horas y que fue el pretexto para volver a vernos y ahí empezó todo, cabe mencionar que no se llevó su comida. He de reconocer que Joaquín fue la mejor pareja que he tenido, un hombre que me amó profundamente hasta su muerte, el gusto con sus altas y bajas me duró cerca de 10 años y su pérdida me dolió hasta el tuétano. Ahora, puedo hablar de él sin que el dolor me embargue, fue un gran regalo y espero que en algún momento este sueño de volver a compartir la vida con un compañero se repita, porque como dice Made: “Soy soltera por el momento”.

Debido a la ruptura del tendón de Aquiles de mi pierna derecha, pasé muchos años con severas complicaciones médicas, con terribles dolores e incluso sin poder caminar. Fueron tantas las dificultades, que fui atendida por distintos médicos de diversas especialidades, me sometí a múltiples tratamientos y cirugías. A pesar de mi incredulidad, pero ante mi desesperación acudí hasta con un “Chamán” y nada.

Momentos dolorosos físicos y emocionales, aunado a la vergüenza de ser identificada por mi tobillo vendado, más que por mi nombre en distintos espacios, lo que deseaba era recuperar mi salud. Pasaron muchos años para lograrlo, ahora mi tobillo está bien, es funcional, puedo caminar, saltar, bailar a pesar de la cicatriz que tengo y de que en esa zona la piel es más delicada.

Durante muchos años, uno de mis sueños fue conseguir una beca en el extranjero. En la Normal, los mejores promedios eran premiados con un viaje a España, si bien me esforcé por un buen promedio, hubo dos compañeras que lo hicieron mejor. La primera vez que pedí esta oportunidad, la respuesta fue que era muy joven y que seguramente al poco tiempo pediría regresar, por más que expliqué que estaba segura de mi petición, se me pidió que dejara pasar más tiempo. En otro momento, fui testigo de cómo algunos compañeros de trabajo fueron becados por “dedazo”, así que pedí la misma oportunidad, y sí, me hicieron creer que así sería, la emoción me embargó, ¡Al fin lo lograría! Me pidieron llenar formularios y entregar documentos, pero la decepción llegó, cuando “los elegidos” fueron otros, no se me dio ninguna explicación, parecía que no había pasado nada.

Después, ya no busqué una beca, sino irme a trabajar como docente a Estados Unidos de Norteamérica, y sí reunía todos los requisitos, pero había un pequeño problema: mi deficiente inglés. Y es que esto es algo que aún no resuelvo, lo he estudiado en diversas ocasiones, con diferentes métodos, pero no lo puedo hablar

y mi escritura es estilo “apache”. Así que esa oportunidad se esfumó, a pesar de decirles que seguramente mejoraría, si me encontraba en un ambiente donde no me quedara más que practicarlo de forma cotidiana.

Este deseo se me cumplió en la UNAM, no tenía ni la más remota idea de cómo lograrlo, pero gracias a la orientación de Luz, una de mis compañeras con gran experiencia en esto de obtener becas al extranjero, fui haciendo lo procedente. Una de mis tutoras, a la que nunca le caí y que se encargó de hacérmelo evidente con su trato déspota e incluso majadero, intentó obstaculizar mi salida, como no podía por el lado académico, lo hizo “olvidando” firmar la autorización o haciéndolo de forma incorrecta, haciendo que fuera hasta su casa en más de una ocasión por los documentos. Ante la pérdida de tiempo y el poco tiempo que quedaba para cubrir los requisitos, pedí a mi tutor principal que hablara con ella. Ante su actitud, hubo un momento en que creí que no lo lograría, pero no fue así y ese gran deseo, durante tantos años anhelado y muchas veces frustrado, se concretó.

Ahora uno de mis profundos deseos es regresar a Barcelona, ciudad de la que quedé enamorada, en la que me gustaría vivir y lo podría hacer sin problema alguno. Deseo que esta pandemia ya acabé para tener la oportunidad de volver a trabajar y ahorrar para contar con los recursos para darme el gusto, aunque sea solo de visita.

Sin ser presuntuosa, mi tesis de doctorado refleja una muy buena investigación, logré que a través del lenguaje escrito las personas que la han leído se trasladen a la prisión y sientan a esas madres e hijos menores que viven con ellas. La recomendación de mis tutores y otras personas fue que buscara publicarla como libro y eso he intentado sin éxito. He tocado puertas, pero algunas ni siquiera se han abierto y en otras mi texto ha pasado de largo. Esto me ha desanimado y ya no he insistido. Me gustaría que como por “arte de magia”, pudiera lograr este deseo.

Y finalmente me pregunto ¿De qué depende el logro de nuestros deseos? De acuerdo a mi experiencia, a veces su logro parece mágico; en otros, parecería que, a pesar de la perseverancia, no pasa nada; en otros nos sentimos tan incapaces, que pedimos ayuda divina y en otros tenemos muy claro, que los lograremos.

Palabras mágicas

Durante todos estos días he estado pensando ¿Cuáles son las palabras mis palabras mágicas? Esas que han abierto puertas o han cambiado acontecimientos en mi vida, aquellas que utilizo en momentos complicados o felices. Considero que una que viene de familia es: Gracias; incluso mi madre dice ¿Cuál es la palabra mágica? Y dice: “Gracias”. Gracias por todo lo que soy y no soy, por todo lo que tengo y no tengo, por todo lo que recibo, por despertar, por tener comida en mi plato, gracias a las personas y animales que hacen que así sea; gracias por tener un techo, gracias por poder compartir, gracias por poder comer todo lo que me gusta, gracias por tener salud, gracias por todo lo que la vida me ha dado y con esto, no solos me refiero a lo que se puede considerar como bueno, sino por todo, gracias, gracias, gracias.

Provengo de una familia católica, sin embargo, mis creencias son a mi manera ya que desde pequeña me resulta complicado creer en un Dios que castiga o que muere de una forma tan espantosa por “nuestros pecados”. Por lo que, en momentos terriblemente dolorosos, en esos que como dice Machado: “De nada nos sirve rezar”, lo que hago es dejarme caer y decir: Jesús en ti confío. Y no porque esté desesperanzada, sino porque las situaciones me rebasan y necesito de ese ser supremo en el que creo y al que pido ayuda, sin pensar que lo que ocurre es un castigo, al contrario, me refugio en esas palabras destinadas a un ser que solo da amor y consuelo.

Cuando he solicitado alguna oportunidad laboral o académica en donde se ha presentado alguna reticencia, lo que digo es que confíen en mi palabra, que haré

lo necesario para realizar las tareas de la mejor manera, que soy persona de palabra. Y afortunadamente han confiado y con ello he podido demostrar que soy capaz de realizar las tareas a las que me comprometo.

Cuando empecé a trabajar con el Dr. Fondevila, por recomendación de su esposa Carolina Agoff, quien primero fue mi tutora y después se ha convertido en una gran amiga. El Dr. Fondevila, me dijo: “No sé porque Carolina confía en usted Verónica, veremos”. Mi respuesta fue que confiara en mí y hasta antes de la pandemia he trabajado con él en distintos proyectos y tenemos pendientes otros.

Lo mismo me ocurrió con la Profra. Lucy, quien fue la subdirectora de Proyectos Académicos de Educación Primaria en el D.F.; en mi entrevista con ella, lo primero que me dijo fue: “¿Tú eres la famosa Verónica por la que me peleé con Juan Rivera?” Vamos a ver si funcionas. Pedí que confiara en mí y le demostré que la pelea había valido la pena.

De joven fui muy atrevida en mis opiniones, lo que me ocasionó que en algunos casos se suscitarán discusiones más que acuerdos, con el tiempo y la terapia he aprendido que las discusiones no siempre llevan a algo, que no se trata de tener siempre la razón. Ahora, antes de expresar mi opinión, pienso lo que voy a decir y si es necesario busco conciliar para que todos salgamos ganando. Una oportunidad para ponerlo en práctica, fue cuando me hice cargo del grupo de ayuda a los perros y gatos que hay en donde vivo en donde somos más de 50 personas, -aunque algunas solo son espectadoras-, el ponernos de acuerdo, no siempre resultaba sencillo, ya que hay desde aquellas que dicen que solo debemos ayudar a los animales que abandonan en donde vivimos hasta otras que andan por la vida recogiendo a todo animal que se les “atraviesa”, aunado a los escasos recursos con que a veces contamos.

El chat a veces se convertía en ring de lucha y entonces intervenía y buscaba las palabras que nos unieran para lograr nuestro fin: ayudar a los animales. Como

resultado de la terapia, decidí que ya era momento de que otras tomaran el cargo, así que ahora soy una integrante más del grupo, sin embargo, mi ego se infla cuando algunas compañeras me escriben y me piden que retome el cargo, porque les gusta cómo me dirigía a ellas y cómo resolvía los problemas. Sin causar controversia, les explico porque ya no puedo regresar.

El Dr. Felipe me regaló unas palabras que también he puesto en práctica: No esperar nada, me dijo: “Si usted espera algo, cuando llegue tal vez no cumpla sus expectativas y si no espera nada, lo que llegue será un regalo”. Y es cierto, hago lo que puedo sin esperar nada, no siempre es sencillo, pero en esos momentos en donde me emociono y dejo volar mis expectativas, recuerdo las palabras del Dr. Felipe y entonces con gusto recibo lo que llegue.

Otras palabras que utilizo cuando emprendo alguna petición es: “Si pega que bueno y sino despegado estaba”, porque considero que lo importante es hacerlo y si no se da, al menos puedo decir que hice lo mejor por lograrlo.

A lo largo de la vida, también he aprendido que las palabras que utilizamos con los otros, también tiene un efecto en uno mismo, por ello, cuando se utilizan para lastimar, ingenuamente se piensa que solo dañaran al otro, pero no es así, también tienen este efecto en quien las emite. Por ello, si no voy a expresar algo bueno, mejor guardo silencio.

Reconocimiento es otra de mis palabras mágicas que no solo implica lo que soy con mis aciertos y errores, sino que también da un lugar a los otros, a lo que hacen, a lo que logran, a lo que se puede y no se puede, a lo que son. Y al menos para mí, resulta muy grato el reconocermelo, saber en dónde estoy parada y para donde sigue el camino.

El sendero

En distintos momentos de mi vida me he preguntado ¿Cuál es mi misión en esta vida? Durante la adolescencia empecé a tener idea qué camino no recorrería, sin tener claro el porqué. No tuve fiesta de 15 años, me negué. Lo único que acepté fue una reunión con la familia de mi papá. En ese entonces, cursaba la Normal y este evento era el tema de conversación de todas mis compañeras y de mis amigas Paty y Estela, quienes también trataron de hacerme “entrar en razón”, mostrándome las fotografías de su fiesta y contando lo felices que la pasaron.

Después de la fiesta de los 15, les emocionaba el casarse con el “hombre de su vida”, tener un hogar e hijos. Ese panorama, tampoco me resultaba atractivo y no me imaginaba “vestida de blanco”, entrando a una iglesia, como tampoco, teniendo hijos. Por expresarlo y cumplirlo he sido señalada como “rara”, rebelde, inmadura.

Encontrar mi rumbo, no ha sido sencillo, porque no basta con saber lo que no se quiere, porque en esa búsqueda se cometen errores, nos confundimos. Algunos de mis intentos fueron: la vida religiosa, investigué que requisitos necesitaba cubrir y hasta unos retiros me “aventé”, en donde empezando por la levantada a las 4 de la mañana, la frugalidad de los alimentos, el rezar y rezar y volver a rezar y eso de los dogmas, entre otras cosas, me sirvieron fue para decir, por aquí no es.

También, llegué a pensar que mi misión era “ayudar”, “salvar” con toooooodo lo que había aprendido en la escuela a niños, jóvenes y adultos que, por su estilo de vida y conducta, son considerados como “inadaptados”, “desviados”. Y si bien, tuve aciertos el costo emocional fue muy alto y caí en una terrible depresión.

Y entre toda esa búsqueda, algo que fue destacando es que generalmente, tengo algo para compartir, algo para dar, algo para mostrar, algo para enseñar y que además me gusta, me genera gran satisfacción. Sí, creo que esa puede ser mi misión, compartir con los demás lo que he aprendido a lo largo de mi existencia.

La vida y los hombres

¡Vaya misión! Empiezo por decir que crecí con el ejemplo de pareja de mis padres, donde mi madre se casó “de blanco” con un hombre 14 años mayor que ella, quien era el proveedor. Durante muchos años escuché a mi madre decir que uno “debe” casarse para tener un respaldo y sé que, hasta la fecha, -aunque ya no me lo diga-, una de sus preocupaciones es que vivo sola, sin ese respaldo a pesar de ser una mujer autosuficiente.

En mi vida me he relacionado con pocos hombres, entre quienes dejaron huellas importantes está Juan Jorge. Nos conocimos en la Normal cuando teníamos 13 años, llamó mi atención por ser muy inteligente, se destacaba en el deporte y el arte, le gustaba la lectura, estudiaba inglés, francés, alemán y piano. Cuando mis padres lo conocieron, les cayó muy bien, en especial a mi mamá.

Una de sus peticiones era que fuera más femenina, es decir que usara más faldas que pantalones, que me peinara distinto, que fuera más delicada; algunas veces le “daba gusto”, aunque ese no era, ni es mi estilo. Al transcurrir el tiempo, él empezó a interesarse en otras chicas que se arreglaban como a él le gustaba. Eso me “rompió el corazón”, el consejo de las amigas era que “me arreglara” y lo intenté, pero eso de usar medias, faldas y zapatillas para mí era y es un suplicio. Y este fue mi primer fracaso amoroso por no ser “femenina”, aunque se compartieran otros gustos e intereses.

A Yván también lo conocí en la Normal, era un compañero más, pero por circunstancias de la vida, al concluir la carrera con otra compañera Araceli, nos inscribimos en la Normal de Especialización. Estudiamos la misma especialidad, así que la relación se fue estrechando. Me gustó cómo se vestía y las historias que contaba sobre él, como que compartía un departamento con una chica y un chico que eran hermanos; que sus padres eran divorciados y que su padre les

había puesto una casa a sus hermanos con todas las comodidades al no querer vivir con su padrastro; que iba de fiesta con sus amigos, por supuesto que no a cualquier lugar. Con sus relatos creaba una vida entre misteriosa, interesante y maravillosa para un joven de 21 años. Tiempo después, descubrí que era un extraordinario mitómano, con una memoria asombrosa que le permitía ir “hilando” sus relatos a través del tiempo.

Y ahora que escribo, como en otras misiones identifico situaciones de las que no estaba consciente en esos momentos, como el cuidado que empecé a tener con mi vestimenta y arreglo personal para estar a la “altura” de Yván. Me tenía “embobada”, se convirtió en el centro de mi vida, lo que decía era lo único verdadero e importante y poco a poco fui tomando distancia de mi familia, amigos y compañeros de trabajo. Me volví en su sombra, mi existencia era solo gracias a él.

Llegó el momento en el que la vestimenta que usaba y mi arreglo personal eran a su gusto. No me prohibía de forma directa, los comentarios se centraban en su “preocupación” porque me faltaran al respeto, porque ya no tenía edad para usar tal o cual prenda, porque me diera tos al usar un pequeño escote.

En relación con los amigos, tampoco era un no verbalizado, sino la “falta de tiempo” para reunirnos con ellos, era mejor que solo nosotros nos divirtiéramos y cuando los llegábamos a ver coincidentemente, tenía “migraña” que lo hacía actuar de una forma seca e indiferente con los demás.

Durante los últimos tiempos, trabajamos juntos. Me suplió en reuniones de trabajo, para protegerme, ya que al ser la mayoría hombres, no me tomarían en cuenta. Yo me encargaba del diseño de los programas de trabajo, de aportar nuevas ideas, de escribir, pero según él, yo no sabía hacerlo, así que se encargaba de corregirlo. Esta idea me pesó durante muchos años después.

Viví casi 10 años en esta enferma relación, donde frustración, enojo, tristeza, y lágrimas estuvieron presentes. Fue algo que poco a poco me fue envolviendo, me fue borrando, me aisló con mi consentimiento en nombre del amor. Cada vez me sentía más mal, pero cómo no iba a hacer lo que fuera necesario para “salvar” mi relación. No niego que hubo muy buenos momentos, pero los malos empezaron a pesar más y el daño para ambos.

El valor era lo que menos tenía para romper mi codependencia, pero sin pensarlo un día lo hice, lo dejé de ver. Mi vida se rompió, no sabía cómo seguir, qué haría “sola”, era una fracasada, no veía ninguna puerta, el costo fue una gran depresión. Afortunadamente, me encontré con Amelia, quien me ayudó en este difícil trance.

Años después, lo volví a ver y fue tan encantador, simpático, cariñoso, comprensivo, habló de que nadie nos conocía como nosotros, que le había hecho falta, que trabajaría lo que fuera necesario para que yo siguiera estudiando, además al reconciliarnos y estar nuevamente juntos, demostraríamos que el amor existe y pues, no solo fueron palabras, no podía faltar el que se me hincara en la calle. Todo esto, me hizo dudar y considerar que me había equivocado, había exagerado y bien nos merecíamos otra oportunidad.

El cambio y las buenas intenciones no eran reales, al volver a vernos su comportamiento volvió a ser el mismo. Caminamos en silencio, subimos al metro y antes de llegar a nuestro destino me bajé antes sin voltear, ni decir nada. Desde entonces no lo he vuelto a ver.

Hasta el momento, mi última pareja fue Joaquín. Cuando hablo de él, digo que literalmente “el amo tocó a mi puerta”. Un hombre que me gustó mucho en todos los sentidos, era alto, blanco con unos ojos entre azules y verdes con una expresión melancólica. Tenía buen sentido del humor, era generoso, solidario. Era fiel católico y por lo tanto panista.

Tuvimos nuestros encuentros y desencuentros como en toda relación que se va creando para llegar a acuerdos, como no hablar de religión y política, no opinar cuando alguno cocinaba, no era obligatorio acompañar al otro a ver sus parientes, tener limpia la cocina y el baño, no hablar del trabajo, ni llevar trabajo a la casa, entre otros

Dicen que: “Nadie sabe lo que tiene, hasta que lo ve perdido” y eso fue lo que me pasó con Joaquín, después de su muerte es cuando valoré la relación que establecimos y puedo afirmar que fue la mejor. Un hombre que se dio a la tarea de conocerme, quien siempre que lo necesité, ahí estuvo, que respetó mis decisiones, aunque nos afectaran a ambos, con quien descubrí que una cama es también un espacio para compartir recuerdos, para reír, para consolarnos y que con su partida quedó fría y vacía.

Como toda persona, también tenía sus demonios, sus defectos; se esforzó por superar lo que más problemas le ocasionaban. Lloré por Joaquín, no durante nuestra relación, sino por su partida.

Retribución

Durante mucho tiempo tuve la creencia de que mi actuar en ciertas circunstancias era algo inherente a todos, no podía entender que otras personas se quedaran impávidas o emitiendo solo uno que otro comentario. Mi querida amiga Made es quien siempre me repite que soy generosa, que el dar, compartir, ayudar es una de mis cualidades que hasta hace poco he empezado a reconocer.

Esta característica ha permeado en todos los ámbitos de mi vida y me genera gran satisfacción al sentirme útil y retribuir con alma y corazón todo lo que la vida me ha brindado.

En el trabajo y en la escuela me he encontrado con personas con mayor experiencia y conocimiento a quienes pedí orientación, apoyo y su respuesta no

literal, pero si a través de sus actitudes fue una negativa. En su momento me causaron gran desilusión e incluso enojo, sin embargo, se los agradezco porque eso me permite aprender a través de mi propia experiencia y echar mano de mis “herramientas” para encontrar el camino. En mi caso, si alguien requiere de un apoyo u orientación lo brindo por el simple gusto de ayudar.

Con mi familia igual, si en mi está el colaborar con algunas palabras, sugerencias, experiencia o cosas materiales lo hago y no solo yo, sino también mis hermanos. Esta actitud la aprendimos de mis padres, quienes con su ejemplo nos enseñaron a ser solidarios no solo entre nosotros, sino también con los demás.

La comida en mi casa es muy importante por todo lo que implica, el reunirnos, el disfrutar, el convivir, el compartir, el reírnos, el recordar. Esto se lo debemos a mi padre, quien fue Chef y nos enseñó que además de saborear la comida, ya fuera muy sofisticada o sencilla, este es un momento de encuentro en la familia con o sin invitados, a quienes se les deben brindar las mejores atenciones, pues como mi padre decía: hay que agradecer su visita, ya que dejaron de hacer cosas o pudieron quedarse en su casa, sin embargo, están compartiendo con nosotros.

Mi padre a pesar de sus ocupaciones, el día de nuestros cumpleaños preparaba nuestros platillos preferidos y las fechas estrella eran el 24 y 31 de diciembre, donde se apoderaba de la cocina para que al momento de la cena disfrutáramos de las delicias que sabía preparar.

Su muerte nos dejó un gran y profundo dolor, ese año cumpleaños y fechas festivas fueron muy difíciles a pesar de los esfuerzos de mi mamá. Así, que después de su partida, tomé la decisión de invitar a mi familia y personas muy cercanas a desayunar el primer domingo de enero en “El Cardenal”, restaurante con exquisitos alimentos, pero sobretodo porque el personal es del estilo del que fue mi padre. Esta actividad se ha tornado una tradición familiar de la que me siento muy orgullosa, en donde comparto con mis hermanos y sus familias, mi

madre, la “Tía Made” y recientemente un hermano de mi padre y su familia, en ese momento en donde como en otros, ponemos en práctica lo que nos inculcó mi padre: la importancia de la unión familiar, así como su transmisión a la nueva generación de Montoyas.

De igual forma, si alguien me pide ayuda y está en mis manos poder actuar, lo hago. Made también me ha dicho que tengo la capacidad de movilizar a las personas y para variar, no me lo había creído del todo, pero una reciente experiencia me ha hecho revalorar estas palabras. Ayudé a Renata, su mamá me mandó un mensaje diciendo que su esposo había muerto por COVID-19, la situación se complicó ante la falta de recursos. Entonces organicé a algunas vecinas para que aportáramos una ayuda económica, sin embargo, supongo que por la situación ella y mi alumna se sentían más mal de salud, era necesario que un médico las atendiera.

Así que, hablé con un médico y le comenté que necesitaba de su apoyo, pues no contábamos con el dinero para pagar el total de la consulta (\$2000.00 pesos). Señaló que podía descontar la mitad, como pudimos reunimos el dinero y otra vecina dijo que pagaba los medicamentos. Vino el doctor y al ver la situación, después de la consulta les trajo los medicamentos y una gran bolsa con alimentos. Con lo que se logró, a pesar del esfuerzo físico y emocional que implicó, sentí un gran gozo en el alma.

Joaquín, en su gran generosidad me dejó una herencia, dinero que no solo lo he ocupado yo, sino que también ha servido para ayudar a otras personas y como algo mágico, no se ha acabado. Creo en lo que dice mi mamá, todo lo que uno hace por otros, regresa, por eso siempre hay que hacer cosas buenas.

Los seres desvalidos siempre me han movido mucho el corazón y alma, en particular las personas mayores y los animales. Sé que no está en mis manos poder resolver problemas tan profundos y fuertes, pero sí puedo poner “mi grano de arena” para ayudar. Es maravilloso ver aquellos dogos a quienes se les ha

encontrado un hogar y ver que son tan amados después de todo lo que han sufrido o en otros casos, -aunque no nos guste-, el sacarlos de la calle y llevarlos a un albergue donde sabemos serán bien tratados y tienen la posibilidad de ser adoptados, o en otros casos, los más dolorosos, ayudarlos a morir con dignidad.

Así como, brindarle un “taco” a personas mayores que no tiene para comer, ayudarles a cargar sus bolsas, a cruzar la calle, a atenderlas si están enfermas como al Prof. René, quien estaba muy mal de salud, vivía solo y sus hijos no lo visitaban. Así que, con Chela, quien es mi amiga, Silvia y su hijo que son vecinos, lo cuidamos cuando su salud empeoró. Al Prof. René, le alegraba vernos en su casa, pero un día amaneció muy mal y llamamos a la ambulancia. Lo bajaron en una silla de ruedas y al despedirse lo hizo con una gran sonrisa, murió a los pocos días en el hospital, no obstante, tenemos la satisfacción de haberle acompañado hasta el último momento.

O bien, recientemente animar a algunas personas mayores a practicar box, en un principio consideran que por su edad ya no es posible, sin embargo, todo es cuestión de práctica. Algunas al ponerse los guantes y empezar a dar golpes como el resto de los compañeros, piden que les tome una fotografía o video para compartirlo con sus familiares o amigos. El ver su expresión de triunfo y orgullo por lo que van logrando, me hace sentir una gran dicha.

Creo en la justicia, en que todos somos iguales y tenemos los mismos derechos, por lo que estoy en desacuerdo con este sistema neoliberal que lo que promueve es el individualismo, la explotación del ser humano y de los recursos naturales, así como su apropiación en manos de unos pocos para su propio beneficio. Ideas que, entre otras he transmitido a mis alumnos no solo con palabras, sino con hechos al participar en distintos movimientos sociales, uno de los últimos fue con mis alumnos de la Normal “José Santos Valdés”, quienes, a través de la lucha social, lograron ingresar y egresar de la BENM.

Soy una persona afortunada a quien la vida le ha dado mucho y por ello, lo menos que puedo hacer es retribuir con mis acciones en beneficio de quien lo requiera, aunque a veces no sea algo sencillo, porque “quien dice que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón”.

Las malas mujeres

¿Qué es la maldad? Para mí es el actuar de forma intencional para causar daño y por lo tanto va en contra del Código de Ética Universal en donde el respeto hacia una y las demás personas es la principal norma.

Durante mucho tiempo ha pervivido la falta de respeto hacia las mujeres, incluso en estos tiempos hay lugares donde siguen sin ser reconocidas como personas con derechos y por ello, algunos hombres se consideran hasta dueños de sus vidas. Todos los días, lo podemos ver en las noticias, en las situaciones que viven algunas de nuestras vecinas, de mujeres de nuestras familias que son víctimas de distintas formas de violencia, asumiendo las situaciones como algo natural.

Porque las mujeres debemos ser buenas, cariñosas, pacientes, obedientes, hogareñas, amorosas, comprensivas, tolerantes, responsables del cuidado de las otras personas, femeninas y demás cualidades que se nos atribuyen por el simple hecho de ser mujeres. Las mujeres que han optado por ir en contra de nuestra “naturaleza” y las que hemos seguido su ejemplo, desde siempre hemos sido señaladas como “locas”, “mala influencia”, egoístas, “marimachas”, somos “malas mujeres”.

A pesar de los avances que se han logrado a través de la lucha de muchas mujeres, este imaginario sigue vigente, tal y como lo demuestra la crítica social ante la protesta de mujeres por defender sus derechos, como el derecho a la igualdad de género, el derecho al aborto seguro, legal y gratuito; el derecho a una vida libre de violencia, el derecho a la educación; el derecho a los servicios de

salud, el derecho a una maternidad elegida y el derecho a la participación política, entre otros.

Y sí, he sido una “mala mujer”, por haberme independizado y vivir sola en lugar de salir de la casa de mis padres “bien casada”. Fui la “vergüenza de la familia”, mi sentir era ambivalente, por un lado, la culpa por el dolor que provocaba, pero por otro mi derecho a decidir mi vida a sabiendas de que no había marcha atrás.

Esta “maldad” también se reflejó al vivir en “amasiato” con Joaquín a pesar de que les comunicó a mis padres que viviríamos juntos. A mi madre, casi le da el infarto, mi padre, más comprensivo o resignado, guardó silencio.

Fui y soy señalada por no tener hijos, lo anterior tal vez se hubiera “borrado”, pero cómo decidía no tener hijos, que sería de mi vida, de mi vejez sin alguien que al menos me dé un vaso con agua. Y fueron algunas amigas o compañeras de trabajo, quienes intentaron hacerme ver mi error, porque se pueden tener muchos logros profesionales, pero si no somos madres, estamos incompletas.

Y como estas situaciones otras más, que ante la presión social en algunos momentos me hicieron sentir mal, incomoda, aislada, enojada, pensar que tal vez estaba equivocada, aunque, si hubiera sido hombre, el alboroto no sería tanto y tal vez hasta me felicitarían.

Al día de hoy, puedo afirmar que el ser distinta ha valido la pena, nada se compara con la satisfacción de llevar a cabo mis decisiones a pesar de su costo, así como encontrarme con más “diferentes”.

El difícil camino de la espiritualidad

Desde pequeña esto de la religión me ha causado grandes conflictos. Mi padre fue un hombre católico, apostólico y solo le faltó lo de romano porque nació en el

Estado de México. Desde pequeños trató de inculcarnos sus creencias religiosas, íbamos a misa, estudiamos el catecismo y todos estamos bautizados, confirmados, hicimos la primera comunión. Y hubo muchas cosas que sigo sin entender, entre ellas a ese Dios que ama tanto a sus hijos, pero que es capaz de castigarlos terriblemente, al que hay que obedecer sin cuestionar nada, ya que el castigo se puede extender hasta después de muertos.

Cuando íbamos a misa a esas iglesias con todas esas imágenes donde todo es sufrimiento y grandes figuras de Jesús en ese eterno lamento y las distintas representaciones de la virgen con ese dolor interminable en su rostro, me estremecían y estremecen hasta la fecha, además de que en ese entonces escuchar que es por nuestra culpa, por nuestros pecados.

Mi descanso venía, cuando salíamos y jugábamos en el atrio de la iglesia e íbamos y lanzábamos una moneda a una fuente para pedir un deseo. También cuando, aprovechando que iba por un mandado, entraba a la iglesia de Tlatelolco, pero era para admirar la gran pila de piedra que hay y por supuesto ponerme agua bendita, patinarme en el piso de mármol, admirar el techo con esas pinturas de ángeles y santos en las nubes y lo máximo ir a ver dentro de un sarcófago de cristal a un monje cuya expresión es la de estar dormido, me asombraban sus manos y pies que en ese momento creía que era de “carne y hueso”.

Conforme fui creciendo y aprendiendo un poco más, empecé a cuestionar la religión católica (era la única que conocía) cómo el actuar de esos “hombres de dios” el 2 de octubre de 1968, cuando cerraron las puertas de la iglesia e hicieron oídos sordos ante la masacre; el cómo se puede tener un hijo por obra del espíritu santo; el por qué a los sacerdotes se les debía tratar como “reyes” y hacer caso omiso a sus “debilidades”; la conquista religiosa en nuestro país para el sometimiento de un pueblo; el fanatismo de los Cristeros y que en nombre de ese Dios se han cometido grandes crímenes. Esto me llevó a tener desacuerdos con

mi padre, quien defendía a “capa y espada” la religión católica sin argumentos válidos para mí.

Así que, no me quedó otra que ser católica por herencia, pero no por creencias, pero decidí que creería en un ser a mi manera, sin amenazas ni castigos, sino al que puedo recurrir para que en el momento de mayor aflicción me acoja en sus brazos para darme el consuelo que necesito.

Empecé con una búsqueda para encontrar y desarrollar esa parte espiritual, entonces también me di cuenta de que en todas las religiones existe ese Dios que es nombrado de distintas formas, pero que para mí es el mismo, porque en todas exige el sometimiento. Además de que para pertenecer a su corte celestial hay que sufrir lo insufrible.

Me encontré con el budismo como un estilo de vida y del que he tomado algunas cosas, entre ellas la meditación; al no gustarme mucho la carne, me agrada eso de no comer nada con “ojitos, ni boquita”; la importancia de la respiración; el saber que nada es eterno, que todo pasa hasta el dolor más profundo; el refuerzo a mi creencia de que la vida es tan importante para una hormiga como para mí.

Aunque, también en el budismo a pesar de todas sus bondades, las mujeres ocupamos un segundo lugar, es él Dalai Lama no la Dalai Lama y está en “chino avanzado” que reencarne en mujer. Así como las santas de la religión católica, ninguna por muchos méritos es Diosa. Y pues la explicación para mí es clara, las distintas religiones han sido hechas por los hombres y por lo tanto con su visión de que las mujeres estamos para servir y obedecer. Uno de tantos ejemplos es con los musulmanes, en donde las mujeres deben cubrir sus cuerpos y cabellos con esas largas túnicas y por impuras tienen que hacer oración en un lugar distinto al de los hombres y cuyo desacato a sus normas les cuesta hasta la vida.

Mi madre conociendo mi pensar, antes de irme a Barcelona me pidió visitara el Vaticano y ante mi protesta, lo que me dijo: “Sé que no estás de acuerdo con la religión católica, pero te pido que conozcas como parte de tu cultura general”. Y sí, fui y admiré toda esa belleza, pero no sin cuestionarme a costa de quienes se tiene.

Cuando pienso en la religión que sea, vienen a mi mente atrocidades de las que han sido víctimas las mujeres en nombre de Dios, las brujas quemadas en la hoguera por su sabiduría, las musulmanas lapidadas por descubrirse el rostro; las encerradas en los conventos por decisión de los “hombres de la familia”; el destino de las hindús que depende de su casta; las mujeres que son violadas y obligadas a tener el producto; las que permanecen con sus verdugos “porque lo que Dios une, el hombre no lo puede separar”; la excomunión de quienes quieren profesar como sacerdotas, porque para ninguna religión somos consideradas como sujetos teológicos a pesar de los avances de la teología feminista.

Considero que, para muchas mujeres esto de la religión como herramienta para desarrollar el espíritu es muy conflictivo, ya que el punto de referencia es el sufrimiento, no conozco a ninguna Santa que haya sido feliz, eran pecadoras o víctimas y ni pensar en querer ser como Dios, eso es herejía. Por lo anterior, muchas buscamos ese ser sin género, ese camino dentro de nosotras mismas, donde no haya quien nos castigue, excluya, limite e incluso mate por considerarnos impuras, motivo de tentaciones y pecado.

Rencuentro

Esta última entrega despierta en mí, sentimientos ambivalentes, por un lado, el gusto al releer todas las cuartillas que he escrito a lo largo de estos meses, así como la satisfacción de cumplir con todas las misiones; por otro lado, siento la tristeza que causan las despedidas.

Ahora a diferencia del inicio, donde no tenía claro de dónde partía, tengo claridad de la ruta que seguí para el arribo a este rencuentro lleno de recuerdos, evocaciones, sentires y reflexiones. Recuerdos y emociones de todo tipo que me trasladaron a etapas anteriores de mi existencia como mi infancia, juventud y también me situaron en este hoy en donde me siento rodeada, acogida, apapachada por mi padre, mis hermanos, mi madre, Joaquín, mis perros, las amigas de mi corazón y otras personas que en conjunto han dejado una profunda huella en mi persona a través de sus palabras, de sus ejemplos, de sus actitudes, de su visión de la vida.

Este trayecto me ayudó a identificar con mayor claridad algunas de las experiencias más significativas de mi vida y sus huellas que buenas o no tanto, me han forjado en la mujer que soy. También, el reconocer que soy una mujer privilegiada, conocí el amor y fui correspondida.

También, me gustaron esas misiones detonadoras de reflexiones sobre lo complejo que resulta ser mujer no solo en la actualidad, sino desde el principio de los tiempos. El reafirmarme en mis decisiones que no son producto de la “maldad” o locura, sino el ejercicio de mis derechos como persona.

En este trayecto fue necesario zambullirme dentro de mí y ver desde afuera cómo he cambiado gracias al apoyo de las queridas terapeutas: Amelia, Drolma, Julia y Talia con quienes he trabajado para levantarme y salir de los profundos hoyos en los que a veces he caído, así como el disfrute de los buenos momentos porque como dice Julia: “Esto es la vida y en ella hay de todo”. Para ellas, mi eterno agradecimiento.

En este andar me sorprendió todo lo que puedo recordar, plasmar a través de la escritura en donde me fui como “hilo de media” en algunas misiones y también reconozco que hubo otras en donde tuve que leer más de una vez las indicaciones porque no sentía el “clic”.

Además, reconozco que este proceso de escritura, me recordó cuando aprendí a andar en bicicleta; para hacerlo no tuve que aprender primero la parte teórica como su origen, evolución, tipos, entre otros temas; sino arriesgarme a subirme en ella, a buscar las estrategias para guardar el equilibrio y reunir el valor para darle a los pedales sin lograrlo a la primera, fue un aprendizaje libre como este en donde no hubo censura, ni señalamientos sobre lo correcto e incorrecto, sobre lo que se sabe o ignora, sino en el gusto de escribir por el gusto de hacerlo.

Este viaje a través de la escritura me ayudó a llevar con menos pesimismo, ansiedad, soledad, impotencia, enojo, frustración, tristeza esta pandemia, porque sin duda recordar es volver a vivir y pude rencontrarme en este tiempo de gran crisis que es cuando más perdida me he sentido.

En este proceso me sentí acompañada, escuchada, respetada, motivada para seguir escribiendo, para ser una talladora de palabras, de esas palabras que salen desde el fondo del alma y corazón. Querida Lourdes, mil ocho gracias por este regalo.